

ANA

¡Qué guapa era Ana cuando tenía 9 años. Una niña delgada, grácil, estilizada, elegante. Tenía el pelo y los ojos castaño claro. Sus ojos eran grandes, brillantes, de una profundidad misteriosa. Su sonrisa, solo esbozada, gótica, en un semblante más bien serio.

A mí me recordaba el modelo de los cuadros de Boticelli con su esbeltez florentina. La Primavera, Venus, la Virgen de la granada. Era una niña que causaba respeto. Parecía que nos encontráramos en presencia de una princesa renacentista.

Sus padres, a los que yo había conocido cuando eran muy jóvenes, los había casado y había bautizado a todos sus hijos, querían que antes de hacer la primera comunión Ana y su hermana menor vinieran a hablar conmigo para tener unos encuentros catequéticos.

Ana me había dicho que ella no se aburría nunca, que le gustaba pensar y que se quedaba ratos muy largos pensando en silencio. Que cuando pensaba, dejaba volar su imaginación y así parecía que estaba viendo una película.

Habíamos estado hablando de Dios y de que todos los hombres habían tenido alguna vez, cada uno a su manera, cierta experiencia de Dios, alguna experiencia religiosa.

Yo le pregunté sin más preámbulos:

- Y tú, Ana, ¿has tenido alguna vez alguna experiencia de este tipo? ¿Me la quieres contar?
- Sí -me dijo ella- precisamente cuando hace poco tiempo tú estabas tocando la armónica. Yo imaginé repentinamente que estaba en una iglesia muy grande, el fondo del templo se perdía en la lejanía y las columnas estriadas como palmeras se elevaban al cielo. Todo tenía un color precioso, con tonalidades malva, violeta y azul. Sonaba la música de órgano y todo estaba inundado de un suave olor a incienso.

Me sentí invadida como de una luz o un calor tierno que me hacía sentirme como abrazada sobre el pecho de mi madre cuando yo era pequeña. Me experimenté como transformada y como si renaciera a un modo de ser más limpio, más puro, más bueno. Hubiera permanecido así para siempre.

Al escuchar una descripción tan perfecta de su experiencia, yo solo pude comentar de un modo un tanto simplista:

- Sí, es estupendo haber tenido ese tipo de experiencia, es algo maravilloso. Siempre recordaremos lo que sentimos entonces.
- No creas, -me contestó rápidamente ella- no es tan maravilloso. Cuando se ha tenido alguna experiencia de ese tipo, cuando se vuelve a la vida ordinaria se pasa muy mal. Porque cuando ves a la gente tan hortera, tan superficial, tan falsa y tan violenta, uno se siente indignado y termina cabreándose. A mi me pasa muchas veces eso y me dicen mis padres que me pongo inaguantable.

Lo que te voy a decir no quiero que se lo digas a mis padres, -prosiguió con vehemencia- pero creo que me vas a entender. A veces encontramos a un pobre por la calle que pide limosna. Como ocurrió hace unos días. Era un muchacho joven, delgado, con cara de hambre y de buena persona. Yo le dije a mis padres:

- ¿Por qué no damos una limosna a ese muchacho?

Mi padre me contestó:

- Eso lo tiene que hacer el Estado. En estos diez últimos años ha subido el presupuesto de las prestaciones asistenciales un tanto por ciento muy elevado. Además, favorecer la mendicidad produce un desequilibrio social. Ya pagamos impuestos suficientes para que se vayan superando esos desajustes económicos.

Yo contesté a mi padre con vehemencia y quizás de un modo bastante impertinente:

- Pero, papá, mientras que a ese muchacho le llega la prestación del Estado y se arreglan los desequilibrios económicos él se muere de hambre. ¿No podríamos darle siquiera para comprarse un bocadillo?

Mi padre contestó, como siempre tan tajante e inapelable:

- ¡He dicho que no!

Lo que me indigna, -prosiguió Ana- es que mis padres se las dan de socialistas, de progresistas y demócratas y además se dicen cristianos. Creo que esa actitud no es cristiana. No hacen más que hablar de pesetas, de lo que ganan, de lo que van a comprar, de sus cargos y de aparentar delante de la gente.

Yo escuché a Ana su perorata y para quitar leña al fuego, le pregunté:

- Has hablado de cristianos. Dime, ¿Quién es para ti un cristiano?

Y ella me contestó rápidamente:

- Para mí es cristiano el que tiene los mismos sentimientos que Jesucristo.

Yo me quedé un poco pensativo y volví a preguntar:

- ¿Eso te lo ha dicho alguien o lo has leído en alguna parte?
- No. Esto se me está ocurriendo ahora mismo. -contestó ella con la mayor naturalidad.
- Es que -proseguí yo- San Pablo dice lo mismo que tú: "tened los mismos sentimientos que Cristo Jesús". Ana, hablas como San Pablo.

Y a propósito -le dije yo- tu dices "Jesucristo". Mucha gente le llama "Jesús" otros lo llaman "Cristo". ¿Por qué le llamas tú así?

- Yo prefiero llamarle "Jesucristo". Si decimos "Jesús" nos estamos refiriendo a lo humano, lo vemos como hombre, si le llamamos "Cristo" lo vemos como Dios, como divino. Yo quiero unir lo humano y lo divino.

Yo no sabía qué decir y le solté medio en broma:

- Y eso, ¿se te está ocurriendo ahora mismo?
- ¡Naturalmente!
- Te voy a hacer ahora una pregunta un poco difícil. Tú hablas de Dios y de Jesucristo. ¿Cómo relacionas tú a Dios y a Jesucristo? Ella me contestó:
- Yo veo a Dios como infinito, inmenso, eterno, como algo muy grande. Pero se ha achicado, empequeñecido y se ha hecho hombre. Así Dios puede sufrir y morir. De otro modo sería imposible su sufrimiento y su muerte por nosotros. Para mí Jesucristo es Dios empequeñecido.
- ¡Qué bien lo has dicho, Ana! San Pablo tiene que usar una palabra griega muy rara para hablar de ese empequeñecimiento y vaciamiento de Dios en Jesús. Es la palabra "kénosis". Yo te entiendo a ti mejor que a San Pablo.

En aquel momento me acordé de lo que dije una vez a Rebeca. Yo le dije que a Dios nadie le podía matar y que nunca puede morir. Yo tendría que corregir lo que entonces le dije. Si Dios se hace hombre puede sufrir, puede morir y nosotros lo podemos matar. Si Dios está presente en cada hombre, cada vez que alguien sufre o muere, Dios también lo padece y le duele, como la muerte de Jesús fue también la muerte de Dios.

Los autores modernos, siguiendo a un autor japonés, Kitamori, hablan de la teología del amor de Dios.

¡Cuánto me ha hecho pensar la conversación que tuve con Ana! Aquella niña que iba a hacer su primera comunión y que tenía un rostro florentino.